

# China: del comunismo al imperio del centro

La larga marcha desde  
el colectivismo a la globalización





# China: del comunismo al imperio del centro

La larga marcha desde  
el colectivismo a la globalización

Jesús Sánchez Rodríguez

Editorial  **popular**

## **Editorial Popular, S.A., Madrid, 2023**

C/ Leo, 7- local 2. Madrid 28007

Tel.: 91 409 35 73

E-Mail: [popular@editorialpopular.com](mailto:popular@editorialpopular.com)

[www.editorialpopular.com](http://www.editorialpopular.com)

Ilustración portada: Marcelo Spotti

Diseño de colección: Francisco Pino

I.S.B.N.: 978-84-7884-954-3

Depósito Legal: M-17182-2023

Imprime: Cooperación Editorial, S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos–[www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Índice

Prólogo .....	7
Del período imperial al fin del siglo de la humillación .....	9
China en el contexto del fracaso comunista.....	17
China, una dictadura de Partido-Estado.....	33
Propuestas de periodización sobre la evolución de la RPC...55	
La etapa maoísta .....	71
La etapa de las reformas.....	101
Las reformas y sus consecuencias .....	131
La etapa de Xi Jinping.....	149
El dominio del PCCh. El problema de la legitimidad .....	165
China en el contexto mundial.....	187
¿Qué tipo de formación social es China en la actualidad?...235	
China, el PCCh y la democracia .....	261
Bibliografía.....	289



## Prólogo

---

Tomando un punto de visión muy amplio se podrían diferenciar tres grandes etapas en la historia de China. La más extensa y lejana es aquella en que China fue un imperio vasto y duradero a lo largo de decenas de siglos, durante los cuales se forjó lo que vagamente se suele señalar como civilización china y que estaría atravesada fundamentalmente por los valores del confucionismo. Las continuas turbulencias internas de las dinastías que se sucedieron no impidieron la continuidad de esta civilización. Si el final de las dinastías tuvo lugar a principios del siglo XX, el resultado se precipitó como consecuencia del contacto de China con las potencias occidentales varias décadas antes, potencias que con un nivel de desarrollo superior en muchos sentidos fueron capaces de convertir a China un país semicolonial. Esta segunda etapa de postración, vivida como una humillación, duró aproximadamente un siglo, desde las Guerras del Opio hasta la toma del poder por los comunistas, etapa muy turbulenta con el fin de las dinastías, una breve república, una guerra contra el invasor japonés y una guerra civil. La tercera etapa, la que resulta realmente interesante para este estudio, comienza con la victoria comunista en 1949 y la creación de la República Popular de China (RPC). Los objetivos en esta tercera gran etapa de la historia de China fueron simultáneamente tres: recuperar su independencia nacional, sacar al país del atraso en que había quedado respecto a Occidente, y alcanzar el comunismo, en una versión muy heréti-

ca respecto al paradigma teórico en el que se apoyaba, el marxismo.

Como iremos viendo a lo largo de la obra el primer objetivo fue alcanzado tempranamente, con la victoria comunista en 1949 y la derrota previa de Japón en la Segunda Guerra Mundial. El segundo objetivo tuvo que esperar a que el maoísmo se agotase en continuos fracasos para que la nueva etapa de reformas económicas iniciada en 1978 permitiese alcanzarla. El tercer objetivo fue sacrificado en esta trayectoria: alcanzar el comunismo no fue incompatible con el logro de la independencia nacional, pero si fue incompatible con salir del atraso y equipararse al desarrollo occidental.

En la obra hay un primer capítulo que hace una análisis rápido del período anterior a la victoria comunista. Luego, le siguen cuatro capítulos que analizan la trayectoria de China durante el período maoísta. Dentro del carácter heterodoxo que representó este dentro del universo comunista, China perteneció a este universo, del que empezó a distanciarse por sus reformas económicas una década antes de que desapareciera a principios de la década de 1990. Los siete restantes capítulos se centran en la evolución de China durante el período de las reformas y que durante cuatro décadas trasformaron de manera radical a China en los planos social y económico, aunque no en el político, convirtiéndola también en un factor internacional de primer orden.



# **Del período imperial al fin del siglo de la humillación**

---

Europa suele concebirse como una civilización cuyas principales señas de identidad las aportarían, en orden cronológico, la historia griega y romana clásica, el cristianismo, el Renacimiento y la Ilustración, civilización que se extendería por el mundo a través de nuevos países nacidos de las antiguas colonias europeas y que daría lugar al concepto de Occidente. De la misma manera, también se suele concebir a China como una civilización con una historia igualmente larga en el tiempo que podría datarse hasta el 2500 a. C. El primer Estado imperial centralizado chino se alcanzó hacia el 220 a. C. y, después de dividirse como consecuencia de las invasiones nómadas desde el norte en el año 316 d. C., volvería a reunificarse en el año 590. Este proceso de fragmentación y unificación fue una nota característica de la historia china, junto con la sucesión de dinastías diferentes y de importantes rebeliones campesinas.

En el imperio chino se sucedieron durante siglos diferentes dinastías a través de períodos convulsos que, a pesar de todo, consiguieron mantener la continuidad de la civilización china. Una inestabilidad, por otra parte, nada diferente de la que ha atravesado el mundo en diferentes partes y momentos históricos y, dónde además de la sucesión continua de dinastías, se produjeron numerosas e importantes rebeliones campesinas que, a veces, contribuían decididamente al cambio de dinastías. El orden imperial

se basó en el predominio del confucionismo ya durante la dinastía Han (desde el 206 a. C. hasta el 220 d. C.), reviviendo posteriormente y en una importante burocracia funcional.

Durante los siglos XI y XII, con la dinastía Song, China estaba más avanzada que Europa y el resto del mundo en el orden económico y tecnológico, y había experimentado un fuerte crecimiento demográfico y urbano. Esta situación conoció un importante retroceso con la conquista de China por los mongoles en el siglo XIII, dominio que finalizó un siglo después mediante una insurrección campesina que instauró la dinastía Ming y consiguió, inicialmente, una importante recuperación económica, aunque no volvió a los niveles alcanzados con la dinastía Song porque hubo un interés decreciente por la ciencia y la técnica, lo que llevó en el siglo XVI a la paralización gradual del crecimiento económico y demográfico. En el siglo XVII la conquista manchú impuso una nueva dinastía, la Qing, bajo la cual China volvió a conocer otro espectacular crecimiento demográfico y económico apoyado en el aumento de la productividad agrícola. Sin embargo, los avances agrícolas no tuvieron un paralelismo en la industria.

La tercera gran conquista de China, tras los mongoles y los manchúes, tuvo lugar en el siglo XIX por parte de las potencias occidentales y luego Japón. Esa conquista iniciada con la Guerra del Opio en 1839 se extendió desde el comercio al ámbito militar y la conquista territorial. A la presión imperialista externa se unió la inmensa rebelión Taiping en el interior, entre 1850 y 1864, con lo cual la dinastía Qing entró en decadencia y terminó siendo reemplazada por la república en 1912. Se había producido una distorsión histórica: mientras China multiplicaba su población por seis en cinco siglos, superando ampliamente

a Europa –gracias al avance la producción agrícola basado en la extensión de tierras y empleo de mano de obra– el viejo continente superaba ampliamente a China en los campos político, económico, tecnológico y militar. De esta manera, la ventaja demográfica no sirvió de nada frente a la ventaja tecnológica y militar de Occidente.

Algunos historiadores señalan la caída de la dinastía Song, con la invasión de los mongoles, como el punto de quiebre del ascenso de China, la ruptura de una trayectoria que previsiblemente podría haber dado lugar a la aparición de un capitalismo más temprano que en Europa. Anderson señala como causa última del fracaso chino, cuando parecía tener condiciones para avanzar más que en otras partes del mundo, “a la estructura de la sociedad y el Estado chino”, pero también al carácter de su ciencia que no alcanzó el nivel europeo “más allá del ingenio práctico de sus invenciones técnicas”<sup>1</sup>. En el mismo sentido coincide Joseph Needham<sup>2</sup>, estudioso de la ciencia en la China antigua, señalando que el bloqueo al surgimiento de una ciencia moderna y el capitalismo fue debido a la existencia de una forma de feudalismo burocrático. Es decir, la estructura social, política y de conocimiento no le habrían permitido a China ir más allá de donde llegó la dinastía Song. El despegue solo podría venir de la mano de las aportaciones políticas, militares, económicas y técnicas de un Occidente que, habiéndose desarrollado en otras condiciones diferentes, fue capaz de superar los límites que encontró China y superarla ampliamente en todos los campos señalados.

---

1 Anderson, Perry, *El Estado absolutista*, pp. 562-563.

2 Needham estudió la ciencia en la antigua China en su obra enciclopédica *Science and Civilization in China* y fue conocido por su famosa “Gran Pregunta de Needham” donde se plantea ¿por qué China y la India habían sido superadas por Occidente en ciencia y tecnología, a pesar de sus éxitos anteriores?

Pero el contacto intenso con Occidente más desarrollado en el siglo XIX no se produjo de manera pacífica, sino mediante la imposición imperialista, y China tuvo que reconocer que para recuperar su atraso histórico y poder independizarse de Occidente tendría que copiar los avances de este. Esta lección se vio confirmada con la invasión que sufrió por parte de Japón, invasión que pudo tener lugar porque el imperio nipón había, adoptado previamente de manera rápida las técnicas y algunos modelos occidentales. Este choque violento que la obligaba a adaptarse para incorporarse a la modernidad no fue exclusivo de China, sino que fue común a gran parte del mundo extra-europeo.

Ese traumático contacto con Occidente en el siglo XIX dio lugar a lo que a veces se conoce como el siglo de la humillación, iniciado con las Guerra del Opio (1839-1842 y 1856-1860) y finalizado con la creación de la República Popular en 1949. Durante ese período China tuvo que aceptar innumerables tratados desiguales que expoliaron sus recursos y eliminaron su soberanía, conoció importantes rebeliones internas, como la de Taiping, vio como se producía el derrumbe definitivo del antiguo sistema dinástico y daba paso a una república, sufrió una sangrienta invasión japonesa, y asistió al enfrentamiento interno fundamentalmente entre dos modelos políticos e ideologías importadas de Occidente, el nacionalismo y el comunismo, que se disputaban qué modelo se impondría para recuperar la soberanía y entrar en la modernización, el capitalista o el comunista.

La culminación de la victoria comunista sobre los nacionalistas en 1949 dio lugar al dominio de la China continental por los comunistas y el refugio de los nacionalistas en la isla de Taiwán. Con un modelo económico capitalista

y un régimen autoritario, Taiwán conoció un importante desarrollo económico desde la década de 1970, junto con los otros tigres asiáticos. El modelo comunista continental, como veremos más adelante, tuvo dos etapas diferentes, la maoísta y la de las reformas, saldándose la primera con un inapelable fracaso, y la segunda con un gran éxito de desarrollo económico, cuando basculó desde el modelo económico comunista a otro capitalista. Así, Taiwán y China fueron confluyendo en el modelo económico, aunque el capitalismo en ambas es diferente, pero distanciándose en el modelo político. La primera evolucionó hacia una democracia liberal similar a las occidentales y la segunda se mantuvo en el modelo de la dictadura de Partido-Estado.

Así, contemplado con una amplia perspectiva histórica, el desarrollo de China en el último siglo y medio puede interpretarse como un largo ensayo de transición al capitalismo condicionado tanto por las propias características internas de China como por el contexto mundial en el que tuvo lugar. Al final de la dinastía Qing tuvo lugar el primer intento de transición capitalista en condiciones muy adversas como la inestabilidad política aguda, la penetración imperialista europea y japonesa, o los bajos niveles de industrialización y el gran peso de la agricultura. Fue un primer ensayo de transición al capitalismo dominado por las potencias imperialistas y reducido a enclaves costeros. La invasión japonesa, la guerra civil y la victoria final de un fuerte movimiento revolucionario comunista congelaron ese primer ensayo de transición al capitalismo, dando paso a un ensayo finalmente fracasado, como en otras partes del mundo, de colectivismo estatista. Durante tres décadas China consiguió mantenerse al margen, mediante una política crecientemente autárquica, del capitalismo global. Visto en perspectiva, esas tres décadas solo

fueron un paréntesis que finalmente se cerró a finales de la década de 1970 cuando, con su política de reformas, China emprendió su segunda transición al capitalismo, esta vez definitivamente.

A veces se ha hecho hincapié en la relación de China con Occidente para resaltar los diferentes resultados obtenidos según los elementos que fue adoptando de aquel para superar su atraso y entrar en la modernidad. La reflexión que haremos a continuación lleva a adelantarnos un poco a los análisis posteriores desarrollados en esta obra. Como hemos señalado, a principios del siglo XIX China entró en un contacto traumático con Occidente que dio lugar al siglo de la humillación. Un *shock* de ese tamaño no puede por menos que provocar reacciones para intentar superar tal situación. A pesar del enorme peso del sistema político dinástico y de la tradición en China, la primera reacción tuvo lugar en el interior de la dinastía Qing dando lugar a lo que se conoció como “movimiento de auto fortalecimiento” en 1898 promovido por importantes ministros de la corte. Esta reacción consistió en intentar adoptar tecnologías occidentales pero sin modificar ni el sistema político ni las tradiciones y el resultado fue una serie de derrotas chinas a finales del siglo XIX que expresaron el fracaso con el que se saldó esta primera reacción.

La segunda reacción consistió en la adopción de ideologías y sistemas políticos de Occidente con objeto de superar la situación de China, estos fueron principalmente el republicanismo, el nacionalismo y el comunismo. Al tratarse de elementos contradictorios sustentados por fuerzas políticas diferentes, el hundimiento del sistema dinástico dio paso a un período republicano caótico, con guerra civil, señores de la guerra, fragmentación del Estado e inva-

sión japonesa. El resultado final fue la victoria comunista en 1949. Esto suponía que en la segunda reacción se imponía un sistema político proveniente de una ideología occidental, el marxismo, pero rechazado y combatido por los países desarrollados. El marxismo, concebido como un paradigma teórico-práctico para llevar a la victoria del proletariado de países altamente desarrollados que entrarían en crisis, en realidad, sirvió para llevar al poder a partidos comunistas en países no desarrollados. Como analizaremos con detalle en capítulos posteriores, la versión comunista de China, el maoísmo, adoptó el sistema político y económico de la URSS inicialmente, y luego ensayó su propia vía económica voluntarista. China había adoptado el modelo político de la URSS y otros países comunistas, la dictadura del Partido-Estado, también había adoptado su modelo económico, la economía estatista planificada con características chinas y, dentro de ese modelo económico, había elementos técnicos y sociales propios del capitalismo como la producción jerárquica, elementos tayloristas, división del trabajo, salario, etc., pero no era capitalismo porque no existían otros elementos decisivos de este sistema como la propiedad privada de los medios de producción, el mercado libre, el beneficio empresarial, etc. El resultado del maoísmo fue un cierto desarrollo de China en medio de graves desastres cometidos por los errores voluntaristas, desarrollo que se mostró absolutamente insuficiente. En 1978 seguía siendo un país agrario, atrasado y pobre, y aislado del campo comunista y capitalista.

De manera que al final del maoísmo ya se fue adoptando una tercera reacción consistente en acercarse al mundo capitalista para romper el aislamiento, con el establecimiento de relaciones diplomáticas con Estados Unidos y, finalmente, adoptar el resto de los elementos del ca-

pitalismo que hemos señalado. Es decir, la tercera reacción consistía en mantener el sistema político comunista, la dictadura de Partido-Estado, pero sin objetivos comunistas, ni interna ni internacionalmente, completando la adopción del resto de las características capitalistas que faltaban en China. Debido a la inercia del control monopólico del poder por el PCCh China no adoptó el sistema político y económico del Occidente desarrollado, la democracia liberal del capitalismo, sino que ensayó otro modelo de modernización ya experimentado también en la historia, el paso al capitalismo no desde abajo impulsado por la burguesía, sino desde arriba impulsado por el Estado. Fueron los precedentes de Alemania y Japón pasando del feudalismo al capitalismo desde un Estado controlado por las viejas clases feudales reconvertidas. En China era el paso al capitalismo desde el comunismo dirigido por un Estado controlado por una inmensa burocracia cada vez menos comunista y más nacionalista. Los tres casos fueron exitosos en la transformación capitalista con el grave problema de que en Alemania y Japón se desarrolló un ultranacionalismo expansionista que canalizado por fuerzas destructivas, como el nazismo, llevó a las guerras mundiales. La incógnita, por lo tanto, es la de si China habiendo seguido el modelo alemán y japonés en la tercera reacción terminará también como estos dos países originando un conflicto bélico antes de completar su modernización, para lo que falta la presencia de un sistema político democrático.



# China en el contexto del fracaso comunista

---

Después de analizar brevemente el contexto histórico general de la evolución de China, ahora debemos analizar otro contexto más acotado históricamente que actuó como telón de fondo del último período de su historia, el que comienza con la victoria comunista en 1949. Desde ese momento China pasa a formar parte de lo que se conocía como campo comunista, un campo en expansión por el mundo, a la vez que corroído por graves problemas y contradicciones internas que llevarían a su implosión y desaparición al inicio de la década de 1990. La importancia de este contexto contribuye a explicar las dos etapas fundamentales de China en este período, la maoísta y la de las reformas. La RPC subsistió como dictadura de Partido-Estado en tres contextos generales comunistas: cuando el campo comunista estuvo expandiéndose en medio de crecientes contradicciones, cuando implosionó internamente como consecuencia de dichas contradicciones y cuando se mantuvieron algunos Estados comunistas zombis supervivientes de la implosión. Esta secuencia señala el fracaso histórico del comunismo, sistema al que China está vinculada estrechamente y que forma el contexto histórico e ideológico fundamental del análisis contenido en esta obra.

François Furet<sup>3</sup> ofreció una visión concluyente sobre

---

3 Furet, François, "Democracia y comunismo, el fin de la utopía", *Revista Nexos*, [http://www.politica.com.ar/Filosofia\\_politica/El-finde-la-utopia-Furet.htm](http://www.politica.com.ar/Filosofia_politica/El-finde-la-utopia-Furet.htm).

el futuro del comunismo. Partiendo del reconocimiento de que la creencia en el comunismo durante el siglo XX “ha sido más universal que cualquier religión conocida”, que su fuerza expansiva provino del triunfo de la revolución bolchevique –sin cuyo éxito “la idea comunista hubiera sido aquello que era en el siglo XIX: una promesa vaga, un horizonte lejano”– y que este ideal persistió pese a las degeneraciones que conoció el régimen soviético; sin embargo, concluye, con el derrumbe de la URSS y los países del Este europeo “el comunismo llegó a su fin”. Furet no cree que ello signifique que no vayan a existir más utopías en las democracias modernas, pero, acaba resumiendo, “la idea del comunismo murió ante nuestros ojos y no renacerá”.

Este tercer período transitó, efectivamente, por dos etapas diferenciadas. La primera está definida por el maoísmo, con dos sub-etapas en su seno, donde el proyecto de modernización se intentó realizar, primero siguiendo el modelo soviético y, luego, en lo que es lo más característico de China, mediante políticas voluntaristas revolucionarias de la mano de un liderazgo muy personal ejercido por Mao. Este voluntarismo priorizaba el mantenimiento de la pureza revolucionaria para alcanzar el desarrollo, se trataba de un Estado revolucionario en la política interior y exterior.

El modelo voluntarista revolucionario se saldó con dos graves fracasos traumáticos, el del Gran Salto Adelante y el de la Revolución Cultural. Ambos terminaron debilitando el enorme poder personal de Mao pero, aun así, tuvo que esperarse a su muerte para que los sectores más pragmático del PCCh tomaran el poder y diesen un espectacular giro a la etapa anterior. Desde que en 1978 China iniciase la etapa de las reformas desapareció el voluntarismo revolucionario, que fue reemplazado por un

pragmatismo que crecientemente buscaba el desarrollo, el crecimiento económico y la recuperación histórica del poder e influencia de la nación, o de la civilización china. Los objetivos revolucionarios comunistas en la política interior o exterior fueron abandonados y China, con todas las características especiales que analizaremos, se fue integrando intensamente en el orden internacional dominado, especialmente a partir de la debacle del comunismo, por una visión liberal de las relaciones internacionales y unas prácticas neoliberales en el orden económico. Igualmente, en el plano interno, el PCCh se orientó en la etapa de las reformas a garantizar el orden público y la estabilidad social como política totalmente opuesta a la gran inestabilidad social vivida durante la etapa maoísta. Manteniendo las referencias protocolarias a la figura de Mao y su papel en la victoria comunista en China, sin embargo, el PCCh se embarcó en políticas muy diferentes cuya principal línea de continuidad se encuentra en el férreo control del poder por parte del Partido.

En la primera etapa, la dictadura del Partido-Estado, siguiendo el modelo soviético, apoyaba su legitimidad en la victoria de la revolución, la expulsión de los japoneses, el final del período semicolonial de China y el objetivo de alcanzar el comunismo en el interior y contribuir a su victoria internacional. Las tres primeras razones ya quedan muy lejos para las nuevas generaciones para servir de base de legitimidad a la dictadura del PCCh, y el último ha sido claramente abandonado en la política exterior y maquillado su abandono en la interior con el eufemismo del “socialismo con características chinas”. De manera que, a partir de la Reforma, la principal base de legitimidad del poder del PCCh se ha basado en el crecimiento económico, la extensión de pautas de bienestar occiden-

tales, especialmente el individualismo consumista y el ascenso del nacionalismo chino, entendido como la recuperación de un papel de gran potencia, pero sobre la legitimidad del PCCh y sus problemas nos extenderemos en detalle más adelante.

Durante la etapa maoísta China no solo era un país orientado a alcanzar el comunismo luchando contra el capitalismo sino que el maoísmo, como versión herética del marxismo, pretendió intensificar esa estrategia para evitar lo que consideraba un estancamiento burocrático en la Unión Soviética. De ahí la insistencia de Mao en una revolución permanente, en una depuración continua del Partido, en una línea de masas que agitase a estas contra la burocratización. Con el enorme prestigio de que gozaba Mao, derivado en culto a la personalidad, consiguió mantener esa tensión revolucionaria que sumía a China en un continuo caos social, en gravísimos errores económicos y en la dislocación del Partido como herramienta de control y dominio político.

Las depuraciones del Partido, muchas veces de manera violenta, no es una característica del comunismo chino, ni tampoco responden solo a una lucha contra la burocratización, son consecuencias de los enfrentamientos de facciones en el interior de unos partidos que, sin cauces ordenados y civilizados de dirimir esos enfrentamientos, derivan en purgas sangrientas. Las purgas y depuraciones estalinistas han sido las más conocidas en las primeras etapas de la revolución contra la oposición de izquierda y la tendencia trotskista que arrasó a la gran mayoría de la vieja guardia bolchevique que no se alineaba con el estalinismo. Las purgas continuaron después de finalizada la Segunda Guerra Mundial y alcanzaron también a los nuevos países comunistas del Este europeo. Posteriormente

esas purgas continuaron, por ejemplo, con la desestalinización, pero no fueron tan amplias y sangrientas. China siguió un trayecto parecido, durante el maoísmo las purgas fueron sangrientas como durante la “campaña anti-derechista” tras el Movimiento de las Cien Flores, el “movimiento de educación socialista” tras el fracaso del Gran Salto Adelante, y la Revolución Cultural. Lo especial de China son los objetivos oficialmente declarados de estas purgas o depuraciones: la lucha contra la burocratización, las tendencias de regreso al capitalismo y el método, al utilizar a veces para ello movilizaciones de masas. Acabado el maoísmo, como al finalizar el stalinismo, las purgas prescindieron de las movilizaciones de masas, se hicieron menos violentas y el objetivo oficial que se utilizó para su empleo fue la lucha contra la corrupción, porque la burocratización se aceptaba como algo natural y el regreso al capitalismo era la línea oficial del partido.

Si tomamos como referencia una de las principales tesis del marxismo, y la principal justificación de su proyecto revolucionario, China es el ejemplo más acabado de su refutación. Según esta tesis marxista, la sucesión de diferentes modos de producción en la historia, impulsados por la lucha de clases, se basaba en que las fuerzas productivas encontraban un límite para su crecimiento debido a las relaciones de producción de cada una de sus etapas. Las relaciones de producción capitalistas serían las responsables de que en este modo las fuerzas productivas alcanzasen un límite a su desarrollo y las crisis económicas que generasen llevasen a su sustitución por el comunismo, presentado como el modo de producción más avanzado. En este las fuerzas productivas podrían conocer, entonces, una expansión sin límites que acabarían con la escasez material por primera vez en la historia de la

humanidad y esta abundancia sería la base material de la sociedad comunista.

La revolución comunista en China puso fin a las relaciones de producción capitalistas y, según la tesis indicada, debería producirse la expansión ilimitada de las fuerzas productivas. La Unión Soviética conoció una primera etapa de dicha expansión, pero no provocada por las nuevas relaciones de producción sino por una intensa industrialización a partir de un nivel muy bajo de desarrollo. Sin embargo, posteriormente, las nuevas relaciones de producción comunistas no fueron capaces de permitir en ningún momento la superación de la expansión de las fuerzas productivas que continuaba produciéndose en el capitalismo, finalmente la Unión Soviética y todo su modelo económico implosionó y regresó al capitalismo con su desaparición.

En la China maoísta se copió inicialmente el modelo soviético, pero su carácter altamente burocratizado, aunque permitió un cierto despegue económico, se alejaba sin embargo de la línea de masas preconizada por Mao. Por ello mismo, el máximo dirigente chino lanzó el experimento voluntarista del Gran Salto Adelante. Se trataba de intensificar las relaciones de producción comunistas, apartándolas de la degeneración burocrática tipo soviético, para impulsar un gran desarrollo económico. El fracaso fue rotundo y sin paliativos. Desde el punto de vista del desarrollo, el burocratismo estatista soviético fue más eficaz en su primera etapa.

Lo que se constataba gradualmente en la Unión Soviética y sus países satélites en Europa, fue mucho más brusco en China ya que las nuevas relaciones de producción comunistas no solo no servían para conseguir sobrepasar al desarrollo capitalista sino que llevaban al estancamien-

to. Se imponía una rectificación histórica que demostraba la falsedad de la tesis marxista, una más de las muchas refutaciones que había conocido.

La cuestión es que esa rectificación se hizo en contextos diferentes en la Unión Soviética y China. En la primera, la burocratización y osificación del aparato partidista y estatal fue respondida por un intento reformista, el de la perestroika, que buscaba corregir la trayectoria política y económica sin un plan claro y con la oposición de fuerzas internas conservadoras que no tenían ningún futuro. El choque de reformistas y conservadores dentro del universo comunista precipitó la transición brusca en el plano político y económico, hundiéndose la dictadura del Partido-Estado a la vez que la economía pasaba rápidamente a una de capitalismo salvaje, no mediada por las instituciones correctivas desarrolladas en Occidente.

En China fue diferente la trayectoria. Después de la derrota de los conservadores, en este caso ultraizquierdistas, con el fracaso de la Revolución Cultural y la muerte de Mao, los reformistas pudieron gradualmente transformar las relaciones de producción comunistas a otras propias del capitalismo sin perder el control político y conservando la dictadura del Partido-Estado. Fue con el restablecimiento de las relaciones de producción capitalistas cuando China pudo iniciar su impresionante crecimiento económico durante tres décadas que la llevó a convertirse en una potencia económica mundial.

Las fuerzas productivas continuaron creciendo bajo el capitalismo durante toda la etapa de vigencia del comunismo y conocieron un impresionante crecimiento en China cuando abandonó las relaciones de producción comunistas por las capitalistas. La refutación de la tesis marxista señalada no podía ser más contundente. A los comu-

nistas más revolucionariamente voluntaristas les quedaba una última justificación a la que aferrarse, la de alcanzar más justicia social en el comunismo que bajo el capitalismo, pero las mayores cotas de justicia social y bienestar siguen produciéndose bajo el capitalismo desarrollado y, además, su objetivo se había demostrado imposible. La mayor justicia e igualdad solo sería posible con un desarrollo más intenso de las fuerzas productivas, y eso se había demostrado imposible bajo el comunismo ensayado. Quedaba, como alternativa, un comunismo de igualdad en la pobreza y la escasez, pero eso lo había condenado Marx, sería imposible de mantener en un entorno mundial capitalista, y lo rechazaban los dirigentes chinos porque llevaría al hundimiento de China como ocurrió con la Unión Soviética.

De manera que el contexto global en que analizaremos la situación en China se basa en un elemento esencial, el comunismo como proyecto histórico fracasó no solamente con el hundimiento de la Unión Soviética sino con el giro reformista chino iniciado en 1978. Hubo tres regresos al capitalismo diferentes. En el caso de los países europeos orientales comunistas, ese capitalismo terminó convergiendo con el existente en Europa occidental, fundamentalmente por su incorporación a la UE. En el caso ruso, se produjo un capitalismo deformado, un capitalismo de oligarcas, inicialmente bajo un Estado débil que crecientemente se reforzó y se asentó como un Estado autoritario. En el caso chino, el capitalismo se fue extendiendo gradualmente mientras se mantenía una dictadura de Partido-Estado y un fuerte sector económico estatal, pero funcionando plenamente bajo las relaciones de producción capitalistas.

El espectacular crecimiento chino durante tres déca-



das atrajo todos los focos justamente sobre este aspecto, el del crecimiento económico. Al lado de los estudios que se centraban en dicho crecimiento, maravillados o no, también aparecieron análisis que contemplaron este ascenso desde otras varias perspectivas, como la creciente competencia económica internacional por los recursos y los mercados; el enorme impacto de ese crecimiento en los problemas medioambientales desde una potencia que anteponía el rápido crecimiento a cualquier consideración medioambiental; el planteamiento inevitable de un choque de hegemonías a medio plazo entre Estados Unidos y China, para lo que evocaban la famosa trampa de Tucídides; o el hecho de que la trayectoria exitosa económica de una potencia que era una dictadura llevaba a un importante desafío para las democracias en el mundo.

Los dos gigantes comunistas se encontraron inicialmente en una situación similar: países atrasados, basados en la agricultura y con un enorme peso del campesinado. Y se les planteó el mismo problema ¿cómo desarrollar las fuerzas productivas desde esa situación y, además, de manera rápida? Y su respuesta fue similar al del incipiente capitalismo, necesitaban una acumulación primitiva de donde extraer recursos para el despegue económico. El capitalismo dispuso de dos fuentes para esa acumulación, las colonias externas y su campesinado interno. La URSS y China solo dispusieron de este último. El dilema, inicialmente planteado en la URSS, dio lugar a un intenso debate entre los comunistas rusos y, tras dos experiencias político-económicas anteriores (el comunismo de guerra y la NEP), la solución adoptada por el estalinismo –después de acabar con la oposición interna en el Partido– fue la colectivización forzosa que aplicó una acumulación primitiva brutal en la URSS sobre el sector agrario –que sufrió un gran